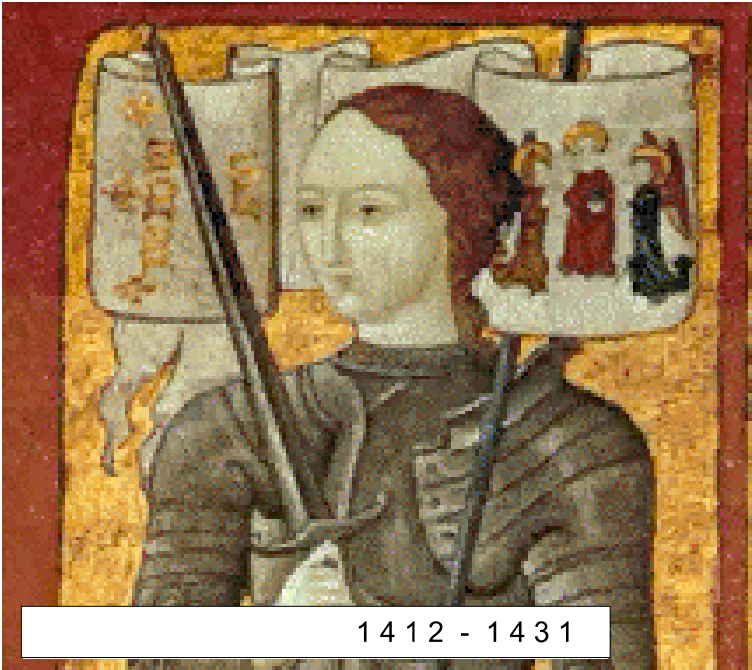




VIDA DE *Juana de Arco*



CAPITULO I

Nuestra historia comienza en una humilde casita de la aldea de Domrémy, situada a orillas del río Mosa, en Francia.

Aquella mañana del 6 de enero de 1412 había un inusitado ajeteo en casa de los señores De Arco. El cabeza de familia se paseaba de un lado a otro de la estancia principal con justificado nerviosismo: su esposa Isabel Romée estaba a punto de dar a luz otro de sus hijos.

De pronto, en la habitación donde la mujer era asistida por unas vecinas, se oyó el llanto de un recién nacido.

¡Un hijo! -gritó Santiago de Arco-, ¡Tengo otro hijo!

-¡No! -murmuró su esposa-. Esta vez se trata de una niña.

-¿Una niña? -preguntó el padre, un poco desilusionado.

-¡Sí! -confirmó Isabel-. Y quiero que le pongamos por nombre Juana.

-¡Está bien! -repuso el progenitor-.

¡Esta bolita de carne se llamará Juana de Arco!

Era imposible que el señor De Arco supera entonces que aquella bolita de carne, como él la había definido, ocuparía más tarde un lugar preponderante en la historia de Francia. Pero no nos precipitemos en la narración de nuestra historia y veamos cómo se desarrolló la infancia de nuestra heroína.

Juana recibió una educación sencilla, como correspondía en aquella época a la hija de unos humildes campesinos. sus ocupaciones principales eran las tareas del campo y también las del pastoreo. sin embargo, la infancia de la niña no fue tan tranquila. Le había tocado crecer en una época particularmente difícil y revuelta. Desde 1337 se desarrollaba en Francia la llamada Guerra de los Cien Años que dividía a los franceses en dos bandos: los borgoñeses, partidarios del duque de Borgoña y dispuestos a reconocer a un rey de línea inglesa como legítimo soberano de Francia y los de Armagnac, que defendían una línea dinástica de ascendencia francesa.

Aquellas diferencias se habían ido acrecentando año tras año, y así, en 1420, se firmó en la ciudad de Troyes un tratado entre los ingleses e Isabel de Baviera, esposa del rey Carlos VI de Francia, que ponía virtualmente casi todo el país en manos inglesas. Dicho tratado entró en vigor en 1422, a la muerte del rey francés, ocurrida en octubre de aquel mismo año.

Por el citado acuerdo, Enrique VI, hijo del rey de Inglaterra Enrique V, quien también había encontrado la muerte en agosto de 1422, pasó a ser proclamado rey de Inglaterra y Francia, sucesivamente. Juan de Lancaster, duque de Bedford, tío del soberano, fue nombrado regente de la corona, ya que Enrique VI contaba a la sazón sólo nueve años de edad.

Pero tal vez las cosas hubieran sido más fáciles si Carlos VI no hubiera dejado a su muerte un sucesor a la corona francesa. Se trataba de su hijo, Carlos VII, joven de diecisiete años, quien, heredero de un trono usurpado se encontró convertido en un rey sin casi territorio y con unos súbditos divididos en dos bandos.

Carlos VII era de carácter débil e irresoluto y estaba rodeado de cortesanos ambiciosos que defendían más sus propios intereses que el bien de la patria. Y así, habiendo perdido incluso la ciudad de Reims, donde tradicionalmente habían sido coronados todos los reyes de Francia, y teniendo por única defensa un maltrecho ejército, el monarca se encontró imposibilitado para hacer frente a los ingleses, que iban conquistando Francia.

Esa era la situación en su patria cuando Juana de Arco contaba catorce años.

-Madre, ¿qué le pasa a Francia? - preguntaba intrigada la muchacha.

-¿A Francia? Pues, no sé, Juana. Pero ¿por qué me preguntas esas cosas...?

-Algo le debe pasar, pues todo el mundo dice: "¡Pobre Francia!".

-No sé, Juana- respondía su madre -. Pregúntaselo a tu padre. Eso son cosas de la guerra, y las mujeres no entendemos de estas cuestiones.

- Padre, ¿ qué le ocurre a Francia ?

Santiago de Arco se quedaba perplejo ante las preguntas de su hija. Tampoco él sabía explicar muy bien la situación y ninguna respuesta concreta podía dar a su hija.

Sin embargo, Juana presentía que algo grave le ocurría a Francia. Por eso, y en casi forma inconsciente , cuando rezaba las oraciones que su madre le había enseñado ya desde muy pequeña , después de rogar por sus progenitores y hermanos, añadía :

- Y te ruego, Señor, que te preocupes también por Francia.

Y poco a poco comenzó a darse cuenta de que los ingleses iban ocupando el territorio francés y que si alguien no lo remediaba, Carlos VII se quedaría incluso sin el reducido territorio que todavía controlaba.

-¡Hay que echar a los ingleses de Francia! -les decía a sus amiguitos y hermanos. Pero todos se reían de ella.

-Pero , Juana, ¿qué cosas dices? ¿Qué entiendes tú de esas cosas ...? también hay franceses partidarios del rey de Inglaterra.

-Pues son malos franceses -respondió Juana con energía.

¿Malos franceses? -interrogó su hermano Pedro-. ¿Y tú cómo lo sabes?

La muchacha vaciló un momento y luego repuso:

-Porque me lo han dicho santa Margarita y santa Catalina.

Todos cuantos la escuchaban se quedaron perplejos.

-¿Que te lo ha dicho quién?

-Santa Margarita y santa Catalina. No os lo había dicho nunca porque temía que no me creyerais, pero cuando voy al campo a guardar las cabras y, al ponerse el sol, rezo mis oraciones de la tarde, a veces oigo voces. ¡Voces que me hablan!

-¿Y qué te dicen, Juana?

-Me dicen que tengo que salvar a Francia. Que tengo que coronar al rey Carlos VII en Reims y que debo mandar los ejércitos para echar a los invasores ingleses de nuestra patria.

Su hermano Pedro la mira con compasión y cuando ambos volvieron a casa dijo a su madre:

-Madre, creo que tendrá que dar a Juana una sobrealimentación. Está débil y esta debilidad le hace concebir alucinaciones.

-No son alucinaciones -protestaba Juana-. Todo cuanto te he contado es cierto. Las voces de santa Catalina y santa Margarita me hablan y Dios quiere llegar hasta mí a través de ellas.

El padre se ponía furioso cada vez que oía repetir a su hija aquellas ideas.

-¿Vas a dejar de decir tonterías? Debería ser un poco más humilde. ¿Por qué iba a fijarse Dios en ti habiendo tantas criaturas sobre el globo? ¿Deseas que todo el pueblo te crea loca? No quiero oír ni una palabra más sobre ese asunto.

-Padre -insistía Juana-, tendrías que dejarme ir a Vaucouleurs para hablar con el gobernador.

-Para hablar, ¿con quién?

-Con el gobernador, padre. Sólo él puede hacerme llegar hasta el rey. Tengo que contarle lo que santa Catalina y santa Margarita me han revelado.

El padre se levantó de la silla que ocupaba, dio un terrible golpe en la mesa y dijo:

-¡Isabel, desde este momento vigila bien a tu hija! ¡Es una irresponsable y no quiero que nos ocasione ningún disgusto!

Aquella noche, Juana lloró amargamente sobre su almohada. Sin embargo, a pesar de su llanto y su desconsuelo, la muchacha se prometió resueltamente:

-¡Iré a Vaucouleurs! ¡Hablaré con el gobernador! No sé cómo me las arreglaré, pues no quiero disgustar a mis padres, pero debo ir allá.

Tres días después, la Providencia vino en ayuda de Juana en la persona de su tío Durand.

-¡Tío Durand, qué contenta estoy de verte! -exclamó Juana cuando, al regresar del campo, se encontró a su tío, quien les había hecho una visita.

-Y yo también estoy contento de que te alegres de verme, Juana. Precisamente he venido a rogar a tus padres que te dejen venir conmigo a Burey-le-Petit. Mi esposa ha tenido otro pequeño y necesitamos que alguien nos ayude. ¿Qué contestas?

-Pues yo, si mis padres están de acuerdo, te seguiré con mucho gusto.

Después, en voz baja y sin que sus padres y hermanos la escuchasen, dijo:

-Burey-le-Petit no está lejos de Vaucouleurs, ¿verdad tío?

-No, efectivamente. Pero ¿por qué me lo preguntas?

Tendrían que pasar algunos días más para que tío Durand supiese a qué obedecía la curiosidad de la muchacha.

Al día siguiente, con el corazón alegre, Juana abandonó por primera vez Domrémy rumbo a su destino .

CAPITULO II

--- ¡ Juana, Juana ! – exclamó el gobernador de Vaucoulers -. Me fatigan tus continuas visitas y todas esas historias que me explicas. He sido paciente contigo, pero creo que no tendré más remedio que aplicarte alguna corrección si insistes en todas esas locuras .

- No son locuras, señor, os lo aseguro. Todo lo que os digo es cierto. ¡ Tenéis que ayudarme a llegar hasta Carlos VII !

- ¡ Debo informarle que yo le puedo ayudarle a echar a los Ingleses de Francia !

- Pero, criatura, ¿ cómo vas a echar a los Ingleses de Francia, si sólo eres un simple campesina ?

- Es cierto que sólo soy una pobre campesina sin instrucción, pero dios me ayuda, señor. Me dice lo que tengo que hacer

por medio de las voces de santa Catalina y santa Margarita. ¡ Hacedme llegar hasta el delfín de Francia y vereis cómo soy capaz de coronarle en Reims !

¡ Basta , Juana ! cortó el gobernador, enfadado -. ¡ Fuera de aquí ! ¡ No quiero verte más ! ¡ no tengo tiempo para escuchar tus tonterías !

- ¡ Está bien señor ! respondió la muchacha -. ¡ pero volveré !

Y saber una cosa : por no querer escuchar mis consejos, las tropas francesas que intentan defender la ciudad de Orleans van a sufrir una terrible derrota.

- Pero ¿ qué dices, muchacha ? Allí está concentrado lo mejor de nuestro ejército . ¡ La

victoria será nuestra !

- Pero el gobernador se equivocaba. Días más tarde , un emisario le trajo la terrible noticia de que Orleans, completamente sitiada por el enemigo, ya no podría resistir el asedio mucho tiempo.

El gobernador de Vaucouleurs se lamentaba de no haber creído en Juana.

- ¿ Tal vez lo que dice esta chica no son sólo tonterías ?

Decidió entonces escribir una carta a Carlos VII, explicándole todo lo que le había contado la joven, y por medio de dos caballeros llamados Bertrand de Poulengy y Juan de Metz, hizo llegar a Juana la noticia de que quería verla de nuevo.

Días después, y ante la desesperación de sus padres, Juana de Arco abandonó por segunda vez su pueblo natal, al que no regresaría jamás.

* * *

¿ Está lejos todavía el castillo de Chinón, señor Juan de Metz ? – preguntó Juana que cabalgaba a la grupa de su caballo.

- No, Juana, No está lejos, pero antes tenemos que pasar por territorio enemigo.

¡ Y eso es peligroso !

- No os preocupéis. Llegaremos sanos y salvos al castillo de Su Majestad. Además el rey ya ha debido recibir mi carta y, tal vez , mande alguna escolta a recibirnos.

Pero Juana se equivocaba. Carlos VII, efectivamente, había recibido la carta que la muchacha le había escrito antes de abandonar Vaucouleurs en dirección al castillo de Chinón, pero no había enviado a nadie a recibirla. El delfín estaba perplejo y releía una y otra vez la misiva de la muchacha.

- Pero ¿ qué es esto ? – murmuraba sorprendido y sin de dar vueltas al pliego que le había entregado su primo el duque de Alençon.

- Es la carta de esa campesina, Majestad. Ya os hemos hablado de ella.

- Pero ¿ qué quiere de mí ?

- Que la recibáis. Dice que puede salvar a Francia, echando a los ingleses de nuestra patria.

Carlos VII se rió de buena gana.

¡ Salvar a Francia ! ¡ Nadie puede ya salvar a Francia ! También a mí me gustaría echar a los ingleses de nuestro país,. Pero ¿ acaso puedo hacerlo ?

De la risa, Carlos VII pasó al llanto mientras estrujaba entre sus dedos la carta de Juana. Después, murmuró casi para sí :

- ¡ Desdichadamente, nadie puede ya salvar a Francia !

- Esa muchacha dice que lo puede hacer. ¿ Por qué no la recibís, primo ?. Nada perdéis con ello. ¡ Escuchad lo que os tenga que decir ! Vuestras tropas están desmoralizadas, y mas después de la derrota de Orleans. ¡ Necesitan algo que les levante la moral ! ¡ Un símbolo ¡ ¿ Quién nos asegura que esa muchacha no puede serlo ?

- ¿ Vos lo creéis, querido primo ?

- Sí lo creo. Releed bien la carta. Mirad, aquí asegura respetaros tanto y desear tan ardientemente luchar por vuestra causa, que podría reconocerros a pesar de que nunca os ha visto. ¡ Sois su rey !

- ¡ Su rey ! – murmuró el delfín con una sonrisa entre triste y complacida - . Ojalá muchos

franceses me reconociesen también como su monarca ! Entonces todo sería fácil. ¡ Juana de Arco me considera su rey y dice que podrá reconocermé, aunque nunca me ha visto. ¡ Está bien, duque de Alençon ! Enviad un emisario a los señores Juan de Metz y Bertrand de Poulengy anunciándoles que recibire a su protegida. Ahora bien, quiero hacerle una prueba – añadió el monarca, deteniendo con su voz la retirada del duque de Alençon que se disponía a abandonar la estancia real.

- ¿ Una prueba, Majestad ?

¡ Sí ! Esa muchacha argumenta que puede salvar a Francia porque Dios la envía. Pues bien, si es , efectivamente, una enviada del Cielo, sabrá reconocermé entre todos mis súbditos, incluso aunque yo no esté sentado en el trono. Así pues, duque de Alençon, el día de la recepción vos ocupareís mi puesto y si, como es probable, ella os toma por el rey, la devolveremos a su pueblo por impostora y por querer sorprender nuestra buena fe. ¿ Estáis de acuerdo ?

Al ver que el duque no respondía inmediatamente, añadió :

-¿No aprobáis mi broma?

-¡Sí, Majestad! -repuso el duque de Alençon-. Y ahora, permitid que me retire a fin de tomar las medidas oportunas para que Juana de Arco llegue hasta la corte.

* * *

Dos días después, el castillo de Chinón se engalanaba para recibir a Juana de Arco y a la comitiva que la acompañaba.

La muchacha, seguida de sus fieles amigos Bertrand de Poulengy y Juan de Metz, atravesó los salones abarrotados de una elegante concurrencia.

Vestía la muchacha un traje de mozo color verde pardo, a la usanza de los pajes de la época, y se había cortado el cabello para viajar con más comodidad.

Aunque era la primera vez que veía un lujo semejante, no por eso se sentía la joven intimidada. Parecía tener un objetivo al que dedicaba toda su atención: el sillón del trono, ocupado por una figura que ostentaba los atributos reales.

-¡Mi rey! - murmuró en voz baja Juana, mientras caminaba resueltamente hacia allí.

Pero cuando llegó a pocos pasos del trono, en lugar de inclinarse respetuosamente, como hubiera sido lo adecuado, permaneció derecha mirando con cierta perplejidad a la persona que ocupaba la silla real y nada dijo.

El duque de Alençon, con voz enérgica, preguntó:

-Y bien, ¿no te inclinas ante tu rey?

- Perdonád , señor -repuso Juana -. ¡Vos no sois mi rey!

Un murmullo de admiración se extendió por el lujoso salón. Todos los cortesanos estaban en antecedentes de la superchería y esperaban que aquella campesina confundiese al duque de Alençon con el verdadero monarca, con lo cual quedaría sin confirmarse una de las cosas que había asegurado la muchacha.

-¿Cómo que no soy tu rey? -fingió sorprenderse el duque.

-No señor -insistió Juana. Luego volvióse lentamente y buscó algo con la vista. A continuación, extendió su mano derecha y, señalando a Carlos VII, que estaba mezclado entre sus cortesanos, dijo: -¡Mi rey está allí!

Carlos VII estaba admirado. Salió de entre la gente que le rodeaba y, acercándose a Juana, exclamó:

-¡Es sorprendente! ¿Cómo lo has averiguado?

-¡Dios me ayuda, mi rey!

Luego postrándose de rodillas ante el delfín, prosiguió:

-Aquí tenéis a esta campesina, mi rey, que sólo anhela ponerse a vuestro servicio y echar los ingleses de Francia para que así podáis ser coronado como legítimo rey de nuestra patria en la catedral de Reims.

-¿Reims? -murmuró con cierta amargura Carlos VII-. ¿Cómo podré ser coronado en Reims si se halla en poder de los ingleses?

-Yo la liberaré para vos, mi rey.

-Muchacha, no digas tonterías. Los más valerosos de mis generales han sido vencidos por los ingleses. ¿Cómo podrías tú, pobre niña, combatir a los ingleses? ¿Qué entiendes de táctica militar?

-Mis voces me ayudan, mi rey. Me dicen lo que tengo que hacer. Dios me envía sus mandatos a través de santa Catalina y santa Margarita. ¡Confiad en mí!

La voz de Juana era dulce y enérgica al mismo tiempo. Su poder de persuasión iba ganando la voluntad de Carlos VII.

-¿Y, qué tengo que hacer? -preguntó el rey.

-Ya os lo he dicho: confiad en mí. ¡Dadme el mando del ejército y yo os despejaré el camino hasta Reims!

-¿De veras crees que podré ser coronado allí, Juana?

-Lo creo, mi rey.

-Pero, si te doy el mando del ejército, mis generales se enfadarían. El Consejo no lo aceptará.

-Vos sois el rey. ¡Vuestros consejeros no os informan bien! ¿Acaso os sugieren que reconquistéis el suelo francés luchando?

-¡No, claro que no! ¡Sería inútil! Los ingleses son fuertes...

¡Nada es inútil! Y, desde luego, nadie os regalará un reino. ¡Dejadme entonces que yo lo gane para vos! ¡Dadme el mando del ejército!

Carlos VII se acarició la barbilla, meditabundo. Estaba indeciso. Las palabras de Juana penetraban en su interior y le infundían confianza. ¡Nadie hasta entonces le había hablado así! ¡Nadie le había sugerido la idea de luchar para reconquistar su reino! Sus consejeros le aconsejaban, a lo sumo, resistir el ataque avasallador de los ingleses.

-¿Qué me respondéis, mi rey?

-Sí, creo que sí. ¡Algo me dice que debo confiar en ti!

A continuación, poniéndose en pie, dijo a todos sus súbditos allí reunidos:

¡Escuchad, señores! Es mi real voluntad que Juana de Arco sea respetada por todos vosotros. He resuelto acceder a sus deseos y permitirle que luche por Francia. No obstante -añadió, al darse cuenta que un murmullo de desaprobación se extendía por el salón-, para hacer las cosas conforme a la ley y que nadie nos acuse de irresponsabilidad, Juana será sometida a un interrogatorio por parte de los doctores más sabios del país y también de los eclesiásticos más prestigiosos de la corte. Ellos decidirán si, efectivamente, esta doncella nos ha sido enviada por Dios para remediar la terrible situación en la que se encuentra el reino de Francia.

Después, viendo el gesto de desagrado que se dibujó en el rostro de Juana, le preguntó:

-¿Estás de acuerdo?

-Mi rey, si no hay más remedio, me someteré a ese interrogatorio, a pesar de que ya os he dado pruebas de que Dios me ayuda. Sólo un ruego debo añadir: que ese interrogatorio se realice cuanto antes. Los sitiados de Orleáns no podrán resistir por mucho tiempo el asedio de nuestros enemigos.

Descuida, Juana. Se hará como tú dices.

Pero la promesa del monarca no se cumplió, y Juana se consumía de impaciencia en los aposentos del castillo de Chinón que le habían sido destinados como vivienda.

-Pero ¿qué hace mi rey? -preguntada a las damas que habían puesto a su servicio-. ¿Por qué no se acelera los trámites?

-Paciencia, Juana - le decían-. Gobernar no es fácil. El consejo real no es favorable a la decisión del monarca y bien a su pesar, Carlos VII se ve obligado a transigir.

-Pero, entonces, ¿qué debo hacer? Ha abandonado mi hogar, mi pueblo y mis padres para luchar por Francia y no para estar confinada en este castillo.

-¡Paciencia, Juana! ¡Paciencia!

Pero la espera le quemaba la sangre.

Por fin, cierto día, un emisario real le informó de que debía ponerse en camino hacia Poitiers, donde un consejo de hombres de iglesia y sabios doctores la esperaba para interrogarla.

En Poitiers, Juana contestó con tal seguridad y decisión a todas las preguntas que le formularon, que los sabios doctores y eclesiásticos no pudieron sino admirarse de que una simple campesina supiese tantas cosas.

-¡Es increíble! -decían- ¡No cabe duda que esta muchacha es sincera!

-¡El rey debe concederle lo que pide!

Y así, tras largas deliberaciones, el consejo de Poitiers decidió enviar una largísima carta al rey en la que se mostraban inclinados a que el monarca confiase en ella.

Mientras tanto, llegaban a la corte noticias desesperadas de la ciudad de Orleáns. La plaza, si no recibía víveres y refuerzos militares, no podría aguantar mucho tiempo el asedio de los ingleses. En vista de la gravedad de la situación, el consejo real y Carlos VII decidieron enviar, al mando de Juana de Arco, un contingente de hombres con víveres y refuerzos a la desdichada plaza.

Cuando la muchacha regresó al castillo de Chinón, se encontró con la sorpresa de que su rey la había nombrado general, y que debía ponerse en camino hacia la ciudad de Blois donde debía reagruparse el ejército que comandaría Juana.

Aquella noche, en la capilla del castillo, Juana de Arco veló sus armas como antaño habían hecho los caballeros de la Tabla Redonda al servicio del rey Arturo.

-¡Señor! - murmuró la muchacha-. ¡Dame fuerzas para la tarea que voy a emprender!

Después, al amanecer, ya en su aposento, vistió por primera vez la armadura que habría de llevar en todas las contiendas. A las seis de la mañana, acompañada de un pequeño séquito, abandonó el castillo de Chinón, rumbo a la ciudad de Bois, donde iniciaría su heroica campaña.

CAPITULO III

La noticia de que Juana de Arco iba a mandar el grueso de un ejército no tardó en llegar al tranquilo pueblecito de Demrémy. Los dos hermanos de la muchacha, Juan y Pedro, alentados por el ejemplo de Juana, decidieron ponerse en camino hacia la ciudad de Blois para reunirse allí con la joven .

El padre de los muchachos se desesperaba.

- No es suficiente que nos haya abandonado una hija -se quejaba-, sino que ahora también vosotros dejáis el hogar.

- Juana tenía razón padre - decía uno de ellos., Hay que luchar por Francia.

Días después, ya en la ciudad de Blois, Juana tuvo una alegría muy grande al recibir la visita de sus dos hermanos.

- Hemos venido a ayudarte, Juana -le dijeron -. La batalla no sería fácil ni siquiera antes de empezar los combates. En general La Hire, quien comandaba los ejércitos concentrados en Blois, se lamentaba:

-El rey debe estar loco. ¿Cómo se le ha ocurrido poner al mando del ejército a una mujer? ¿Acaso ignora que la soldadesca está compuesta por individuos de la más baja condición social? Están acostumbrados al pillaje, al saqueo, al botín que ganan después de la batalla y por el cual luchan. ¡Nunca aceptarán ser capitaneados por una mujer!

Sin embargo, cuando Juana se presentó ante el general, éste se inclinó respetuosamente y le dijo:

-Por obediencia al rey, Doncella de Lorena, me pongo a vuestro servicio; pero no quiero ocultaros el descontento de la tropa. Y si he de deciros la verdad, dudo que podamos abandonar Blois. Los hombres se negarán a obedecer vuestras órdenes. Están acostumbrados a la mano dura, a la voz de mando.

-Lo sé, general La Hire - respondió la muchacha -. He sido ya testigo de algunos desórdenes. Por eso, quisiera hablar con los hombres que van a componer mi ejército.

¿Hablarles? - preguntó La Hire.

-¡Sí! Por muy descreídos y degenerados que sean, estos hombres guardarán en el fondo de su corazón el recuerdo de una madre, de un hogar, de la tierra que les vio nacer... ¡Yo les haré comprender que van a luchar por Francia!

El general La Hire miró a la muchacha con compasión.

-¡Pobre muchacha! -murmuró mientras abandonaba la tienda de Juana, dispuesto a obedecer la orden de la joven -. ¡Está llena de idealismo, y el simple contrato con la dura realidad será un rudo golpe para sus grandes ilusiones!

Poco después, a pie y acompañada por el general La Hire, Juana pasó revista a la tropa. La muchacha pudo escuchar algún comentario desagradable sobre su persona. Entonces se subió sobre una piedra para dominar más fácilmente a los soldados allí congregados y arengó así a los hombres:

-¡Escuchad, hermanos! Nuestra guerra es santa porque...

Alguien, entre la fila de soldados, interrumpió diciendo:

- Yo no soy hermano de nadie y no me interesan las guerras santas.

Juana cerró entonces el puño con fuerza, alzó el tono de su voz, e inclinando su cuerpo hacia delante para dar más énfasis a su discurso, prosiguió:

-¡Sí! ¡Digo que nuestra guerra es santa porque luchamos por un ideal!

-¡Y también por un botín! - volvieron a interrumpirla -. Dinos, enviada del cielo, ¿te ha indicado Dios dónde encontraremos el mejor botín de esta guerra?

Se escucharon algunas risotadas. Pero Juana no se dejó intimidar. Hizo un gesto con la mano al general La Hire que se disponía a intervenir y continuó:

-¿Me habláis de un botín? Pues yo os diré cuál será vuestro botín en esta guerra. ¡Ese botín será Francia! ¿Os parece poco combatir por recuperar algo que ya os pertenecía y que el enemigo invasor os ha arrebatado? ¿Os parece una cosa sin importancia luchar por el derecho a seguir hablando nuestra lengua francesa, aquella que desde la cuna os enseñó vuestra madre?

Entre la tropa volvió a escucharse un murmullo, pero esta vez no era de burla, sino de emoción. El propio general La Hire se estremecía al escuchar a aquella joven, casi una niña, hablar así a los soldados.

-¡Hermanos! ¡Vosotros sois hombres de bien, sois franceses! ¡Lucharéis como un solo hombre por vuestra patria!

La emoción subía de grado. Era la primera vez que alguien hablaba así a la soldadesca, acostumbrada, como bien había dicho el general La Hire, a ser tratada con la misma rudeza que la chusma.

¡Diablo de mujer! -comentó un soldado-. Todavía me hará llorar.

-¡A mí me recuerda a mi madre y a mi hija al mismo tiempo! - comentó otro.

Juana proseguía:

-¡Hermanos, confiad en mí! ¡Yo os conduciré a la victoria!

Y, desenvainando la espada, Juana gritó:

-¡Por Dios! ¡Por Francia! ¡Por mi rey! ¡En marcha hacia Orleáns!

Un grito de entusiasmo se escapó de todas las gargantas. Las manos de los soldados se alzaban al aire empuñando sus armas.

-¡Por Dios! ¡Por Francia! ¡Por el rey! -gritaron todos los hombres. Luego alguien agregó:

¡Contigo hasta la muerte, Juana!

La joven, emocionada, bajó de la piedra con ayuda del general La Hire y, cubriéndose un poco la cara con las manos para que el militar no viese las lágrimas de emoción que brillaban en sus ojos, le dijo:

-¡En marcha hacia Orleáns, general!

-¡Sí, Doncella de Lorena! -repuso el rudo soldado, también visiblemente emocionado.

Después, saludándola militarmente, añadió:

-¡Permitidme que os felicite, Juana!. Habéis ganado vuestra primera batalla.

Momentos más tarde la comitiva se puso en marcha.

CAPITULO IV

Juana, a orillas de Oira, paseaba y contemplaba, pensativa, las aguas. Estas iban bajas. Hacía tiempo que no llovía.

El general La Hire caminaba respetuosamente a su lado.

-¿Puedo preguntaros cuál es vuestro plan de ataque para entrar en Orleáns, Juana? - preguntó el militar.

Juana, dudó un momento antes de responder, miró al cielo, y las aletas de su nariz se dilataron.

-¿No sentís algo extraño en el ambiente, general?

-¿Algo extraño? -repuso La Hire-. No sé. No os comprendo.

-Sí. Una calma extraordinaria.

La Hire miró al cielo, y luego contestó:

-No sé. No entiendo de esas cosas.

-Se acerca una tormenta -dijo Juana, casi hablando para sí.

-¡Doncella! -insistió La Hire-. ¿Cuál es vuestro plan para atacar Orleáns?

Juana se volvió hacia él , y dejando momentaneamente de contemplar la naturaleza manifestó en voz firme :

- ¡ Sí ! tenéis razón. Debemos ocuparnos de eso. Escuchad general. Con la mitad de mi ejercito, pienso lanzarme contra los baluartes ingleses que rodean la ciudad, situados a la orilla izquierda del Loira.

- ¿ Y después ?

- El enemigo, para rechazar mi ataque, descuidará entonces el río. Y allí entraís en juego vos.

- ¿ Como ?

- Os introduciréis en Orleans, con el resto del ejercito y los víveres por el río.

- ¿ Por el río ? – se extrañó La Hire.

- ¡ Exactamente ! respondió con aplomo la Doncella..

- Eso es imposible, Juana . Mirad las aguas, van tan bajas, que las barcazas enbarrancarían en cuanto las pusiéramos a flote.

- Las aguas subirán , general.

La Hire miró a la Doncella, y con aire de duda le preguntó :

- Os lo han dicho vuestras voces, ¿ No ?

Juana se volvió hacia él y sonrió con dulzura. Después, respirando profundamente, añadió:

- ¿ No percibís ol olor a tierra mojada ?

A la gente de campo , como yo, nos hablan las nubes, el viento, los mil fenómenos de la naturaleza. ¡ Está noche lloverá, general !

Luego, sin dejar que el general le diese ninguna respuesta, se retiró tranquilamente a su Tienda.

El veterano soldado la siguió con la mirada y después alzo los ojos al cielo. En aquel momento, un relámpago rasgo las nubes.

Poco después, una copiosa lluvia empapaba la tierra reseca. ¡ Las Aguas del río Loira comenzaron a crecer lentamente !

- ¡ El nivel del río ha subido ¡ - gritó un soldado -. ¡ Juana de Arco tenía razón ¡
- ¡ Es un milagro ¡ - exclamó otro – La Doncella es verdaderamente una enviada de

Dios.

- ¡ A las barcazas ! – ordenó el general La Hire, saliendo precipitadamente de su tienda.

Juana , mientras tanto, en su tienda, se ajustaba su armadura.

Poco después, mientras la luz del amanecer se iba afianzando, las barcazas con víveres y la mitad del ejército de Juana de Arco, navegaban rumbo a la ciudad sitiada.

- ¡ Rumbo a Orleans !

desde su embarcación, La Hire hizo un gesto de saludo a la Doncella quién en tierra, ya se encontraba al frente de la otra mitad de sus hombres.

- ¡ Hermanos ! – gritó la muchacha -. ¡ Ha llegado el momento ! ¡ Recordad que vaís a luchar por Francia.

- Después lanzándose al galope, exclamó :

Desde las altas torres los sitiadores vierón como se acercaban los franceses.

- ¡ Los franceses ! ¡ Lagan los franceses ! - gritó el centinela.

El general inglés que dirigía el asedio, se cercioró de que sus hombres de guardia decían la verdad.

- ¡ Pronto ! ¡ Preparaos para repeler el ataque, y que un mensajero vaya a pedir refuerzos a la orilla del río !

Así fue como las predicciones de Juana de Arco se cumplieron. Los ingleses confiados, abandonaron la vigilancia del río para repeler el ataque al que se lanzaba Juana, mientras La Hire y sus hombres entraban a la ciudad tal y como la doncella había calculado.

Poco después, el fragor de la batalla podía escucharse frente a los muros del baluarte inglés que Juana estaba castigando.

- ¡ La victoria será nuestra, hermanos ! - gritaba Juana -. ¡ Venceremos porque nuestra causa es justa. !

CAPITULO V

El primer combate de Juana había sido un éxito. Los ingleses, desconcertados al ver que era una mujer la que mandaba el ejército, pronto dieron muestras de debilidad. No obstante, la batalla duró varias horas. Pero al fin, Juana pudo saborear el triunfo de entrar a la sitiada ciudad de Orleans por una de las puertas que sus hombres habían logrado liberar del asedio. Ahora, no solamente dominaban el río, sino que tenían, además, un acceso por tierra a la plaza.

- ¡ Juana! ¡ Juana ! – gritaba la multitud que tantas calamidades había padecido durante el asedio del enemigo -. ¡ Dios te ha enviado !

- ¡ Nos han llegado refuerzos ! ¡ Podemos resistir !

- ¡ El rey se ha aliado de nosotros y nos ha enviado a esta santa !

- ¡ Dios te guarde, Juana !.

A caballo, seguida de sus hombres, la Doncella atravesaba la ciudad que la vitoreaba. El general La Hire, quien ya hacía horas que había entrado a la ciudad por el río como Juana le ordenara, salió a su encuentro :

- ¡ Dios te guarde, Juana ¡ Os felicito. Tenías razón.

- ¡ Dios me ayude, general ! – dejó simplemente Juana

Momentos más tarde, la Doncella conversaba con él y con el general Dunois, militar a cuyo cargo se encontraba la ciudad

Pronto empezaron a manifestarse las diferencias entre Juana y el consejo militar de Orleans. La ciudad, aunque ahora podía recibir refuerzo, seguía sitiada, y Juana era partidaria de continuar la ofensiva hasta librar totalmente la plaza del asedio de los ingleses. Pero ésta no era, precisamente, la intención del general Dunois y los otros jefes militares que formaban el consejo

La ciudad había sufrido en exceso y los soldados estaban tan cansados que el citado consejo consideraba que había llegado el momento adecuado para pensar en negociar una tregua.

-¡No! ¡No! ¡Y no! - se desesperaba Juana-. Los ingleses están ahora desconcertados. Hay que aprovechar este momento.

-Las batallas no se ganan sólo con fe, Juana -insistía Dunois-. sino con estrategia militar, y vos no sabéis nada de estas cuestiones.

-Nada, ¿eh? -decía Juana-. ¿Por qué os oponéis a mis órdenes, general Dunois? Quiero que sepáis una cosa: no conseguireis otra victoria si no contáis conmigo.

Pero el tiempo pasaba y Juana, en inactividad, se consumía. Un día, resolvió ir hasta las filas enemigas.

"Si los ingleses -pensaba- se dieran cuenta que no tienen derecho a invadir nuestro territorio, quizá se marchasen de Francia sin luchar. Nos evitaríamos así tantos muertos..."

Frente a uno de los muros de una de las fortalezas gritó:

-¡Ingleses! ¡Yo, Juana de Arco, os conmino a que abandonéis mi patria! ¡Así, todos evitaremos muertes inútiles!

Los ingleses, estupefactos por la osadía de aquella mujer, aparecieron detrás de los muros y uno de ellos gritó:

-¡Vete con los tuyos, bruja!

-¡Está bien! -gritó Juana-. Si es lucha lo que deseáis, tendréis lucha.

Y la Doncella, volviendo grupas, se alejó de las fortalezas inglesas.

Mientras tanto, la superstición ganaba a los soldados ingleses, quienes comentaban:

-Fue la que levantó el asedio de Orleáns.

-Si realmente Dios la ayuda, estaremos perdidos.

-Dicen que es una hechicera.

-Y que se propone continuar la batalla para librar a la ciudad de nuestro cerco.

Efectivamente, Juana, con o sin la autorización del consejo militar de la ciudad de Orleáns, había decidido proseguir su ofensiva.

-¿Dónde vamos a atacar, Juana? -le preguntó uno de sus hermanos.

-Nuestro objetivo inmediato es ahora el baluarte de San Loup. ¡Que todos estén preparados para mañana!

Al día siguiente, al amanecer, las tropas de Juana dejaban el recinto amurallado y galopaban en busca del enemigo.

Pero ocurrió que los demás jefes militares, sin contar con la Doncella, habían decidido por su parte tomar también la misma fortaleza.

Cuando Juana llegó frente a los muros de ella se encontró con que las tropas francesas estaban recibiendo un terrible castigo. Muchos soldados, desesperados, huían.

-¿Qué ocurre aquí? -preguntó.

-Estamos a punto de ser derrotados -respondió un soldado francés herido-. Los ingleses nos han infligido un duro castigo. Debemos retirarnos.

-¿Retirarnos sin conseguir la victoria? ¡Nunca!

Y Juana, alzando su espada y galopando hacia el lugar, donde más encarnizadamente se combatía, gritó:

-¡Hermanos! ¡Por Dios! ¡Por Francia! ¡Por mi rey!. ¡La victoria será nuestra!

El valor de la muchacha unido al valioso refuerzo que representaban sus tropas, dio nueva moral a los patriotas franceses, quienes dejaron de retirarse del campo de batalla para lanzarse con renovado valor al asalto de la fortaleza.

-¡Los franceses! ¡Vuelven los franceses! -gritó un soldado inglés desde las almenas del baluarte de San Loup.

El general enemigo que mandaba en la plaza se preparó para la defensa. Pero ya nada podía contener el empuje de los partidarios de Carlos VII.

La batalla duró tres horas, pero al fin la victoria fue para los franceses.

* * *

-Juana, ¿qué hacéis aquí sola?. Todo el mundo está celebrando la victoria.

El que así hablaba era el general La Hire, quien notando la ausencia de la muchacha de la reunión de capitanes, salió en su busca.

Juana, con el rostro entristecido, caminaba por entre los cadáveres del campo de batalla.

-¡Mirad estos hombres, general! -le dijo señalando a los muertos que se extendían a sus pies-. ¿Cómo puede celebrarse nada cuando tantas vidas se han trinchado en la flor de la juventud?

-¡Han muerto por Francia, Juana! ¡Vos misma ...!

-Sí, ya sé ... Y eso es lo que me atormenta. Y en cuanto a la muerte de nuestros enemigos, también me persigue la idea de que yo soy la responsable.

-Olvidad esos negros pensamientos, Juana -dijo La Hire-. Venid conmigo a la reunión de capitanes. Todos estamos muy contentos y vos debéis acompañarnos.

Juana siguió dócilmente al general, pero no pudo impedir que las lágrimas asomasen a sus ojos al contemplar una vez más aquel campo de muerte.

La reunión que Juana tuvo con los otros capitanes no disminuyó las diferencias que los separaban.

Los militares de Orleáns acusaban a Juana de querer conducir la guerra a base de fe y voluntarismo, mientras que ellos proponían un plan concreto, una estrategia.

Por otra parte, los refuerzos que habían esperado por parte del rey después de abrir la brecha en el cerco de Orleáns no habían llegado, y Dunois y los otros generales creían que no tenían armas y gente suficiente para vencer a los ingleses.

En la corte, entretanto, si bien las últimas novedades habían alegrado los ánimos, tampoco se tenía mucha esperanza de que los defensores de la ciudad sitiada pudieran pasar a una ofensiva. Y así iban pasando los días.

Pero Juana no se contentaba con esta situación. Y así, tras la toma de San Loup, puso en marcha un vasto plan de ataque para apoderarse de otras fortalezas. Siempre acompañada de sus leales hombres, que veían en ella realmente una iluminada -como acabaron llamándola-, fue consiguiendo victoria tras victoria.

Los ingleses vivían un mal momento. Vencidos por la superstición, empezaban a considerar que, verdaderamente, Juana era una hechicera, una enviada del diablo.

Cuando desde las altas almenas los centinelas veían cabalgar a Juana seguida de sus hombres hacia un nuevo objetivo militar, el pánico cundía entre los soldados, y los capitanes ingleses se veían en aprietos para evitar las desertiones.

-¡Que viene la hechicera! ¡Corramos! ¡Se acerca la bruja! -gritaban los soldados, abandonando sus puestos.

El pánico y la superstición favorecían la tarea de Juana, quien, provista de un ejército mucho menos numeroso que el de sus enemigos, contaba, no obstante, con hombres fieles y movidos por el ardor patriótico que ella misma les había sabido infundir.

Así, poco a poco, fueron cayendo todas las fortalezas militares inglesas que rodeaban a la ciudad de Orleáns. Todas menos una, la más importante: Las Torresillas.

* * *

-Que mañana se preparen los hombres muy temprano -ordenó Juana con voz enérgica a su segundo en el mando-. Quiero adelantarme hasta Las Torresillas y establecer el cerco. Pasado mañana nos lanzaremos al asalto de la fortaleza.

-¡Bien, Juana! Pero el consejo ...

-No quiero enterarme de las decisiones del consejo. Capítula ante el enemigo.

-El general Dunois, no obstante, me manda decirnos que se suspende la lucha durante unos días. ¡Debéis obedecer sus órdenes!

-¡Mis órdenes vienen del Cielo!. Y santa Catalina y santa Margarita me aconsejan que mañana ponga cerco a Las Torresillas.

La voz de Juana era tan tajante, que su segundo no se atrevió a protestar, aunque temía por la suerte de la muchacha. El consejo militar de Orleáns, máxima autoridad, podría ordenar que la arrestaran por desobediencia. Sin embargo, el prestigio de la Doncella era muy grande y todos sabían que contaba con la confianza del rey Carlos VII.

Así pues, al amanecer del siguiente día, Juana, seguida de sus hombres, se dirigió hacia la puerta de Borgoña, dispuesta a salir a campo descubierto. Pero allí se encontró con una sorpresa desagradable.

-¡Abrid las puertas! -ordenó la muchacha.

Los centinelas la miraron asombrados. El gobernador había dado órdenes tajantes de que al día siguiente, o sea, aquel mismo amanecer, no saliese ni entrase nadie de la ciudad.

-¡Imposible, Doncella! - se atrevió a decir uno de ellos-. ¡No podemos abrir las puertas sin una orden expresa del gobernador!

Juana se enfureció.

-¡Mis órdenes vienen del Cielo! ¡Abrid las puertas! ¿Queréis correr con la responsabilidad de impedir una victoria a las tropas leales a Carlos VII? ¡Abrid las puertas! Hoy es un día señalado para la victoria. Mis voces me lo han anunciado. Y el gobernador de Orleáns no puede tener más autoridad que Dios.

Los centinelas estaban espantados. la voz de Juana era firme y recia. Sin embargo, temían el castigo del gobernador.

Pese a todo, uno de ellos aconsejó al compañero encargado de la puerta:

-¡Abre las puertas! ¡Esta mujer, cuando ordena, me da miedo! ¡No puede uno dejar de cumplir sus órdenes!

Efectivamente, poco después, Juana, con todo su ejército, abandonaba el recinto amurallado y galopaba hacia Las Torresillas.

Poco tiempo después se iniciaba el combate.

Pero, a pesar de la gran confianza de Juana en la victoria, la batalla de Las Torresillas no le era propicia. Los ingleses defendían la plaza fieramente y causaban numerosas bajas en el ejército francés.

-¡Adelante! -gritaba Juana-. ¡No os desalentéis! ¡La victoria tiene que ser nuestra!

Pero los soldados, ante la agresividad de los ingleses, huían acobardados.

Mientras tanto, en Orleáns, alguien entraba precipitadamente en el salón donde habitualmente se reunía el consejo militar y decía:

-¡Juana se ha lanzado contra Las Torresillas!

-¡Insensata! -gritó el general Dunois poniéndose en pie-. ¡Será vencida! Los ingleses cuentan allí con lo mejor de su ejército. ¡Esa muchacha no tendrá suficiente fuerza para vencerlos!

-Debemos correr en su ayuda, general Dunois -propuso La Hire.

Dunois pensó un momento, y al cabo añadió:

-¡Sí! ¡Creo que tenéis razón, general La Hire! ¡Que nuestros ejércitos la refuercen! Después de todo, tal vez esa muchacha tenga razón.

En Las Torresillas, la situación para Juana y sus hombres era gravísima. Los franceses retrocedían ante la desesperación de Juana.

-¡No! ¡No retrocedáis! ¡Podemos lanzarnos al asalto de la fortaleza!

Y para dar ejemplo con su propio valor, la muchacha se precipitó contra una de las escalerillas que se había logrado colocar contra los muros de la fortaleza.

-¡Adelante! -gritó al tiempo que iniciaba la subida.

Pero una flecha enemiga se interpuso en su camino. Desde lo alto de las torres un soldado inglés la vio trepar y disparó su arma.

-¡Toma, bruja! -exclamó.

De los labios de Juana se escapó un gemido al sentir que se desgarraba su carne. Sus ojos se nublaron durante un momento y, perdió el equilibrio. Inclínose y cayó pesadamente en tierra.

-¡La bruja! ¡He matado a la bruja! -gritaba el soldado inglés.

Entre los hombres de Juana cundió el pánico al creer que los ingleses habían matado a la muchacha. Aquello podía ser un terrible presagio. La victoria parecía pertenecer definitivamente a las tropas inglesas.

Fue en ese preciso momento cuando llegaron al escenario de la lucha las tropas de Dunois y La Hire.

-¡Juana! -gritó La Hire abalanzándose hacia la muchacha -. ¡Os han herido!

-¡Gracias a Dios que llegáis a tiempo, general! ¡Tomad la fortaleza! ¡Mis voces me han asegurado que la victoria será nuestra!

No os preocupéis de nada, Juana. Nos haremos cargo de la situación.

¡Que la trasladen hacia la retaguardia! -ordenó Dunois.

-¡No! ¡No! -protestó Juana- Mis hombres creen que he muerto. Están desmoralizados. Tienen que verme viva y en pie para que recuperen la confianza. ¡Ayudadme, señores!

Un grito de dolor se escapó de la garganta de la muchacha.

-¡Juana! ¿Qué hacéis? ¿Os arrancáis la fecha así? -dijo La Hire, admirando por el valor de la muchacha.

-¡Dadme una compresa de aceite de oliva! ¡Debo volver a la batalla!

Cuando los hombres de Juana vieron de nuevo a su heroína en pie, se sintieron confortados.

-¡No ha muerto! ¡Juana no ha muerto! ¡La Doncella vive! -exclamaban. Y se dispusieron a seguir sus voces de mando.

-¡Adelante, hermanos!

Los franceses se lanzaron a una acción conjunta. Las Torresillas no podría resistir por mucho tiempo.

Espantado, el enemigo comprobó que la Doncella se había incorporado al combate.

-¡No es posible! -gritaba el soldado que había disparado la flecha contra Juana-. ¡La herida era de muerte!

-¡Es un milagro! -vociferaba otro.

-¡Dios ayuda a esa Doncella! ¡Estamos perdidos! - se lamentaba un tercero-. ¡La victoria será de los franceses!

La batalla fue dura, pero al final Las Torresillas cayó. ¡Orleáns quedaba libre del asedio que la aprisionaba!

CAPITULO VI

-¡Juana! ¡Juana! ¡El rey quiere veros!

-¡Pronto! ¡Que preparen mi caballo! ¡Salgo inmediatamente para la corte! -respondió la muchacha.

Sí. Carlos VII estaba encantado con la victoria de la muchacha y el resto de los generales habían obtenido en Orleáns. En la corte aquello era considerado como un milagro. Nadie había creído verdaderamente que la Doncella pudiese cumplir lo que había prometido al monarca. Ahora, arrodillada frente a su rey, Juana escuchaba sus palabras de agradecimiento.

¡Juana! ¿Cómo demostrarte lo agradecido que te estoy?

-Hay una forma, mi rey. No os dejéis deslumbrar por el éxito de Orleáns.

-¿Qué quieres decir?

-Que debéis reagrupar el ejército y permitirme que os siga despejando el camino hacia Reims.

-Pero Juana, bien sabes que el consejo real es contrario a ese proyecto. Por primera vez en mucho tiempo hemos obtenido una victoria. Debemos aprovechar el estupor del enemigo para rehacernos con una tregua.

-Al contrario, mi rey. Debemos aprovechar, ciertamente, el estupor del enemigo, pero no para concederle una tregua que también a él le permita reorganizarse, sino atacar de nuevo ahora que está debilitado.

-¡No sé ...! ¡No sé ...!

Confiad en vuestra Doncella, mi rey. Vuestro consejo os asesora mal cuando os pide una tregua.

Una vez más, el rey confió. Pese a la desaprobación del consejo, el día 4 de junio de 1442, Juana de Arco, al mando de ocho mil hombres, se preparaban para reanudar el combate.

El día 11 del mismo mes, se dispuso a reconquistar la aldea de Jargeau. Y lo consiguió. La lucha no obstante, fue encarnizada.

Falstaff, un gran general inglés, con numerosos refuerzos, corrió hacia la zona, resuelto a detener el ataque de la Doncella. Pero nada podía contener el ímpetu de los franceses.

El día 15 de junio, las tropas de Carlos VII salieron para Meung y , tras dura lucha, se apoderaron del puente que conducía a dicha ciudad. Y de Meung se dirigieron hacia Beaugency, una de las principales posiciones inglesas entre Meung y Blois que el general inglés Talbot había abandonado hacía poco para reunirse con su colega Falstaff y establecer un plan de defensa.

No cabe duda que los ingleses estaban desconcertados. La suerte les había vuelto la espalda y no comprendían cómo un pueblo al que estaban acostumbrados a dominar sin demasiada resistencia, ahora les oponía tan encarnizada lucha. Uno de aquellos

días, mientras se veían obligados a capitular en Beaugency, recibieron la noticia de que el condestable de Francia, conde de Richemont, cuyas diferencias Carlos VII eran notorias y que hasta entonces había permanecido neutral en la lucha establecida entre dos bandos de franceses, había decidido agrupar sus fuerzas con las del rey, para vencer conjuntamente a los invasores. Esta decisión del conde de Richemont favorecía a los propósitos de ofensiva de Juana , pero la muchacha tuvo serias dificultades para incluir a Richemont en la lucha. El duque de Alençon, primo del rey, sospechaba con fundadas razones que el monarca nunca perdonaría al condestable su indecisión de los primeros momentos de la guerra. No obstante a pesar de que Carlos VII nunca consintió en recibir

al condestable en la corte, este luchó junto a Juana, solidarizándose con la causa que la muchacha defendía.

Un nuevo objetivo se presentaba ahora ante la Doncella: reconquistar la ciudad de Patay. Los ingleses retrocedían y Juana persistía siempre en sus propósitos de ofensiva.

La reconquista de la ciudad de Patay fue muy dura. Hubo en los momentos en que, a pesar del valor de los soldados franceses, Juana temió no poder ganar la batalla. Pero un hecho fortuito levantó la moral de los combatientes. El general La Hire había logrado hacer prisionero al general inglés Talbot, y la rendición de este militar acabó de desmoralizar al enemigo.

El saldo final de aquel combate fue horroroso. Se calcula que en aquella batalla hubo más de dos mil muertos y se hicieron más de doscientos prisioneros.

La reconquista de Patay repercutió considerablemente en la marcha de la guerra. La región colindante con aquella zona aprovechó esta victoria para lanzarse, a su vez contra los ingleses y obligarles a que retrocediesen hacia Janville.

En su huida, las tropas inglesas se veían obligadas a abandonar mucho material de guerra o a incendiar sus plazas para que estas no pasasen, completamente pertrechadas, a manos del enemigo.

Ocurrió, además, que Janville, pueblo a los que los invasores se retiraban, se negó a abrirles las puertas, y allí debieron dejar abandonado un valiosísimo material bélico y otras riquezas.

Finalizado el combate de Patay, Juana cabalgó y durante unos minutos contempló el campo de batalla. Luego, con los ojos empañados por las lágrimas, murmuró:

- He golpeado fuerte este día. Y durante mil años ..., ¡ mil años ! . Inglaterra no se recuperará de este golpe.
- ¿ Qué os ocurre, Juana ? ¡¿ Lloráis ?
- ¡ Si ! ¡ Lloro por los muertos ! Por los patriotas franceses que han dejado su vida al servicio de la patria, y también por mis enemigos que han abandonado este mundo maldiciendo mi nombre.

De este modo poco a poco, Juana iba cumpliendo su promesa : despejar al rey el camino hacia Reims.

CAPITULO VII

Juana de Arco conseguía sus victorias sobre los ingleses de dos maneras : con la espada en la mano y con la pluma.

Después de levantado el cerco de Orleans, Juana , antes de lanzarse a una nueva batalla, escribía siempre a sus enemigos para pedirles la rendición sin lucha. Si los ingleses, entonces caía sobre los pueblos, ciudades y aldeas controlados por el invasor con toda la fuerza de su ejército.

La fama que la Doncella iba obteniendo era enorme y la noticia de sus victorias sobrecogía al enemigo. Así pues, a medida que avanzaba hacia Reims, su tarea se facilitaba. Muchos pueblos y ciudades preferían capitular antes que exponerse al duro castigo del ejército de Juana, al que, normalmente, sucedía la victoria de la tropas francesas.

Y eso fue lo que ocurrió con la ciudad de Troyes, en la que, años antes, se había firmado aquel vergonzoso tratado que ponía el territorio francés a disposición de los ingleses y se reconocía al monarca británico, Enrique VI, como rey de Francia.

-¡Que mis mensajeros se acerquen a la ciudad de Troyes! -ordenó Juana-. ¡Quiero que les hagáis conocer mis condiciones! Si están dispuestos a acoger al rey Carlos VII como legítimo monarca de Francia, no castigaré a la ciudad con mis soldados.

-Los mensajeros de la Doncella partieron hacia la ciudad. Poco después, llegaba la respuesta: ¡capitulación!

Las autoridades de la ciudad salieron a recibir a Juana, a quien entregaron las llaves de la plaza.

El general en jefe de la tropas de Troyes se puso al servicio del nuevo rey; el gobernador preparó una ceremonia para recibir, sin tardanza, al monarca y el obispo bendijo a Juana de Arco y a sus hombres.

La Doncella, con una sonrisa de satisfacción, aceptó la rendición de la plaza.

-¡Esto evita inútiles derramamientos de sangre! -declaró.

Días después, el propio Carlos VII entraba en aquella ciudad que tan reacia se había mostrado a reconocer la soberanía del territorio francés.

Entretanto, Juana se preparaba a marchar sobre Reims.

El ambiente general era propicio para las pretensiones de la Doncella, y no transcurrió mucho tiempo antes de que entrara triunfante en Reims.

-¡Viva la Doncella de Orleans! -gritaba la gente entusiasmada.

-¡Dios te guarde, Juana!

La muchacha, sonriente, saboreaba de antemano el momento en el que acompañada de Carlos VII volvería a recorrer aquella plaza.

Los mensajeros de la Doncella partieron de inmediato hacia la corte para anunciarle al monarca se es estaban tomando todas las medidas necesarias y llevando a cabo los preparativos de la coronación.

-¡Gracias, Dios mío! -murmuró Carlos VII, quien había esperado aquel momento con verdadera impaciencia.

Sin pérdida de tiempo, el monarca y su séquito se pusieron en marcha hacia Reims.

Vestida con su armadura, Juana salió a recibirle fuera del recinto amurallado de la ciudad.

-Mi rey, quiero que contempléis desde aquí las torres de la catedral donde mañana seréis coronado.

-¡Gracias, Juana! ¡Todo te lo debo a ti!

-¡No mi rey! ¡Se lo debéis al pueblo de Francia! Dadle las gracias a él y mostradle vuestro agradecimiento cuando, al entrar en la ciudad, os reciba con júbilo.

Juana no se había equivocado. Reims recibió al rey con vítores y aplausos.

Carlos VII saludaba emocionado a la multitud, y Juana cabalgaba a su lado llevando bien alto el estandarte que la acompañó durante toda la contienda.

Al día siguiente tendría lugar la coronación.

* * *

El 17 de julio de 1441 amanecería claro y despejado. En la catedral ya todo estaba preparado. Carlos VII avanzó majestuosamente por el pasillo que conducía hasta el altar mayor, donde ya le esperaba la personalidad eclesiástica que debía depositar la corona de Francia sobre su cabeza.

A ambos lados del pasillo central de la catedral, los miembros de la corte y el público en general permanecían expectantes.

Juana, en un rincón de la nave principal, miraba emocionada a su rey.

Carlos VII, algo pálido, se arrodilló frente al arzobispo. Este depositó la corona que sostenía entre sus manos sobre la cabeza del monarca y se la aseguró levemente.

-La corona de Francia descansa ya sobre vuestra cabeza y desde ahora guiaréis los destinos del país. ¡Viva el rey Carlos VII!

-¡Viva! -respondió la multitud entusiasmada.

Seguidamente, se dejó oír la música del órgano, mientras la emoción embargaba a todos los asistentes.

El arzobispo terminó de investir al monarca colocándole el manto real y entregándole un cetro, símbolo de su autoridad.

Luego, Carlos VII se volvió hacia sus súbditos para que éstos pudieran contemplarle ataviado con los atributos reales.

-¡Viva el rey! -gritaron nuevamente los cortesanos.

-¡Juana! ¿Dónde está Juana? -preguntó el monarca.

-¡Juana! ¡Juana! -repitió alguien-. ¡El rey os llama!

Juana de Arco se adelantó hacia el monarca y, después de arrodillarse una vez hubo llegado hasta él, dijo:

-¡Aquí estoy, mi rey!

-Sin ti nunca lo hubiera conseguido, Juana.

-Hecumplido lo que un día os prometí, mi rey: que seríais coronado en Reims.

Más tarde, mientras proseguían las fiestas de la coronación en el palacio real, Juana, ahora completamente sola en la nave de la catedral, daba gracias al cielo por haber podido llevar a feliz término su promesa.

CAPITULO VIII

"Nunca olvidaré lo que has hecho por mi, Juana", le había dicho el rey a la Doncella. Sin embargo, el monarca bien pronto iba a olvidar su promesa.

Después de la coronación se sucedieron una serie de fiestas, tanto palaciegas como populares, para festejar el acontecimiento, y Juana se impacientaba. Era poco dada a las diversiones mundanas y se consumía de impaciencia, pues su deseo hubiera sido marchar sobre París para echar definitivamente a los ingleses de su patria.

La coronación de Carlos VII en Reims había sido un acontecimiento muy importante que había resquebrajado considerablemente la moral del enemigo. Sin embargo, éste gobernaba todavía sobre puntos importantes de Francia. París, donde estaba instalada la corte del gobernante inglés, era uno de esos puntos.

En vano intentaba Juana llegar hasta el monarca para hacerle comprender que había que proseguir la lucha.

-¡Ten paciencia, Juana! - le aconsejaban sus amigos-. ¡El rey tiene que festejar su coronación, y también el pueblo necesita alguna diversión después de las pasadas fatigas!

-¡Sí, pero el enemigo ...!

-El enemigo está desmoralizado. Nunca podrá recuperar los territorios que hemos conquistado.

-Pero es necesario echarlos definitivamente de Francia. ¡El triunfo de los franceses no será completo mientras un solo inglés domine parte de nuestro territorio!

-Paciencia, Juana... n Ya tendremos tiempo de proseguir la guerra.

Pero aquella guerra, en opinión del consejo real, debía pararse de momento.

Los ingleses estaban tan desconcertados con los triunfos obtenidos por Juana, que temieron, con fundamento, que la muchacha prosiguiese su ofensiva hacia París. En consecuencia, decidieron ofrecer una tregua a Carlos VII, por medio del duque de Borgoña, noble francés que había permanecido durante toda la contienda al lado del duque de Bedford, regente del rey de Inglaterra.

-Pero ¿no os dais cuenta, Majestad? -decían al rey sus consejeros- ¡Los ingleses nos ofrecen una tregua! ¡Eso quiere decir que nos temen! ¡Ahora somos nosotros los que controlamos la situación!

-Juana no es partidaria de aceptar esa tregua -respondía el monarca-. Ella quiere marchar hacia París.

-¡Qué tontería, Majestad! Debéis aceptar esa tregua. Eso nos permitirá reagrupar fuerzas y reponernos de los desastres de la guerra.

Carlos VII, como siempre, dudaba. Y en esta ocasión pudieron más sus consejeros que la opinión de Juana.

-¡Mi rey me ha abandonado! -se lamentaba Juana al duque de Alencon, primo del monarca-. ¡Ya no confía en mí! Sus consejeros no miran por el bien del país, sino que defienden, simplemente, intereses particulares. Esa tregua es una trampa.

-¿Por qué decís eso, Juana? -respondía el duque de Alencon-. Las guerras no se ganan sólo con batallas, sino también con tratados.

-Durante mucho tiempo hemos tenido que aceptar las condiciones que el enemigo nos imponía. Ahora que somos fuertes, debemos obligarles a aceptar las nuestras y no seguir su juego. ¡Repito que esa tregua es una trampa! Mientras el duque de Borgoña nos ofrece la paz, los ingleses

fortifican París para estar mejor preparados en caso de ataque. Además, están reagrupando fuerzas. Sé que han hecho venir nuevos ejércitos de Inglaterra.

-¡No, Juana! ¡Eso no es posible!

Pero Juana no se equivocaba. Por eso, y aun a riesgo de enojar a su rey, la muchacha se dispuso a proseguir la lucha por su cuenta.

"Si mi rey me abandona -se decía-, Dios no lo hará. ¡Echaré a los ingleses del país! ¡No abandoné la tranquilidad de mi hogar y la aldea de Domrémy para asistir a fiestas mundanas y palaciegas!"

-¿Lucharéis a pesar de las órdenes del rey?

Juana dudó un momento antes de responder. Después, con gran seriedad, dijo:

-Procuraré obedecerle en todo cuanto me sea posible. Pero si esa obediencia pone en peligro a Francia, entonces...

-Entonces ¿qué? -preguntó intranquilo el duque de Alençon.

-Entonces, marcharé sobre París.

* * *

Efectivamente, los ingleses fortificaban París. Desde los alrededores de la gran ciudad, era fácil observar el apresurado trabajo de los ingleses.

-¿Cómo no se da cuenta el rey? -se preguntaba Juana.

Frente a tal incompreensión, al igual que había hecho en Orleáns, Juana decidió abrir una brecha en aquel cerco. Y rodeándose de sus leales, se lanzó al asalto de la fortaleza de San Pierre-le-Montier.

Tras dura lucha, las tropas de la Doncella, tomaron dicha fortaleza, pero Juana fue herida y tuvo que ser retirada del campo de batalla.

-¡No, no...! -protestaba la muchacha-. ¡Hay que tomar París!

¡No podemos, Juana! Los hombres están cansados -le decía uno de sus hermanos-. Además, estás herida de gravedad. tienes que curarte esa herida o ...

Mientras la retiraban a la retaguardia, Juana extendió sus brazos hacia las lejanas murallas de París.

-¡París! ¡París! -murmuraba.

Quizás se daba cuenta que, si abandonaba la batalla, nunca tomaría París.

cuando el rey se enteró de la desobediencia de Juana, se enojó mucho con la muchacha y la conminó a que abandonase definitivamente la lucha mientras él no le otorgase nuevo permiso para ello. Pero era difícil que la muchacha aceptase con pasividad el mandato del rey. Continuamente llegaban hasta ella noticias alarmantes del territorio controlado por el duque de Borgoña.

-Juana, se dice que en Compiègne van a ajusticiar a unos leales de Carlos VII. ¿No podemos hacer nada por ellos?

-¡Todavía te quedan algunos hombres, Juana! ¿Por qué no les ayudamos?

Y Juana, como siempre había hecho, decidió seguir los impulsos de su corazón.

-¡En marcha! ¡Liberaremos a esos prisioneros!

Aquella decisión habría de costarle muy cara.

En Compiègne, los pocos hombres leales que le quedaban fueron rodeados por los partidarios del duque de Borgoña y hecho prisioneros.

Cuando los soldados se dieron cuenta de que entre los apresados se encontraba la Doncella que tanto mal había hecho a los ingleses, rugieron de entusiasmo:

-¡La brula! ¡Hemos apresado a la bruja!

-No soy bruja -protestó Juana- sino francesa, como vosotros. ¿Por qué lucháis a favor del duque de Borgoña que ha pactado con los ingleses? ¡Ponéos al servicio de Carlos VII, vuestro verdadero rey!

-Vamos, no hables tanto y entra en el calabozo.

Juana, cargada de cadenas, no tuvo más remedio que obedecer. Ahora se había convertido en una prisionera del duque de Borgoña. ¿Qué iba a ser de ella?

CAPITULO IX

La buena suerte había abandonado a Juana. Sin embargo, la muchacha confiaba.

"Mi rey me rescatará", se decía.

Efectivamente, según el derecho de gentes, los prisioneros importantes tenían derecho a ser rescatados si alguien se comprometía a pagar el rescate fijado por el opresor.

Muy en contra de su voluntad, el duque de Borgoña fijó un rescate por Juana de Arco, y la muchacha confiaba que Carlos VII lo pagaría. No obstante, iban pasando los días, y aquel rescate no llegaba.

-¿Qué hace mi rey? - se impacientaba Juana -, ¿Por qué no me rescata?

Y, efectivamente, aunque parezca incomprensible, su rey no la rescató. En aquellos momentos fueron más poderosas las razones del consejo real, el cual siempre había estado en contra de Juana, que el agradecimiento que el monarca debía sentir por la muchacha.

-¿Todos! ¿Todos me han abandonado! -suspiraba Juana.

Comprendiendo al fin que ya sólo en ella podía confiar, decidió fugarse de la fortaleza donde la tenían prisionera. Pero su intento de evasión no fue afortunado. Un centinela la descubrió, y sólo consiguió que, a partir de entonces, la cargasen de pesadas cadenas.

El duque de Borgoña, mientras tanto, se debatía en un mar de sentimiento contradictorios. Por un lado estaba contento de haber apresado a Juana, pero por otro no se atrevía a condenarla. Como francés, no quería cargar con la responsabilidad de ajusticiar a una persona que había ganado el respeto y el cariño del pueblo. Por eso, vio el cielo abierto cuando los ingleses ofrecieron a pagar por Juana de Arco el rescate que Carlos VII le había negado.

En consecuencia, Juana pasó a ser la prisionera de los ingleses.

Pocos días después de efectuada la siniestra operación, la muchacha fue transferida a una fortaleza en Ruán, ciudad controlada por las tropas invasoras.

"¿Estoy perdida! -pensó Juana -, ¡Mis enemigos no me tendrán piedad!"

E intentó escapar de nuevo, pero sin resultado positivo.

* * *

El regente inglés, contrariamente a lo que había hecho el duque de Borgoña, trató de acelerar el proceso de Juana.

A tal efecto, una vez que la Doncella estuvo confinada en la fortaleza de Ruán, se puso en contacto con el obispo Pedro Cauchon, quien había sido expulsado del territorio francés por su vergonzoso comportamiento como ministro de Dios.

Pedro Cauchon, que ya había estado en tratos con el duque de Borgoña, dio los pasos necesarios para abrir contra Juana de Arco un proceso por herejía.

El regente inglés ofreció a Pedro Cauchon una cantidad en metálico y a la sede de Beauvais si conseguía que Juana fuese condenada, sin convertir a la muchacha en una mártir.

- ¡Dejadlo de mi cuenta! respondió Cauchon al regente -. ¡ Conseguiré que esa muchacha quede ante el mundo como una enviada del diablo y no de Dios! . Además, conseguiremos que se retracte y que confiese que sorprendió la buena fe de todo el mundo con sus patrañas acerca de Santa Catalina y Santa Margarita .

Con la seguridad de que Pedro Cauchon cumpliría lo prometido, el regente abandonó la

estancia donde había tenido lugar la entrevista.

- ; Por fin podremos vernos libres de esa odiada Juana de Arco que tanto daño nos ha causado. !

Lo primero que hizo Pedro Cauchon para llevar adelante el proceso fue investigar en en la vida privada de Juana , desde su niñez, a fin de encontrar algún indicio que la denunciase como embustera o poco escrupulosa en sus tempranos años.. Pero las esperanzas de Cauchon se vieron defraudadas porque en Doremy todo el mundo conservaba un buen recuerdo de Juana, y por mas que los enviados de Cauchon se empeñaron en descubrir algún punto oscuro y desfavorable para Juana, no consiguieron sus propósitos.

Pero si la verdad evidenciaba que Juana había tenido siempre un comportamiento correcto, la mala fe y la envidia también podrían fabricar las pruebas que los enviados de Cauchon no habían encontrado.

El indigno obispo, en la soledad de un despacho, estudiaba concienzudamente el proceso de Juana y llegaba a la conclusión de que lo mejor era acusarla de hechicería y de tener tratos con el diablo.

En aquel momento la superstición era algo muy arraigado entre la gente, y Pedro Gauchon se daba cuenta de que el pueblo podía aceptar, con la misma facilidad con que antes la había considerado enviado del cielo, que la muchacha obedecía órdenes del diablo.

Para llevar a cabo sus planes, el torvo personaje se rodeó de un grupo de colaboradores dispuestos a obedecerle en todo cuanto él ordenase.

No obstante, es justo destacar aquí la honesta actitud de algunas personas que intentaron oponerse a los siniestros planes de Cauchon.

Este era el caso de dos ilustres eclesiásticos de la ciudad de Ruan, llamados Juan de Chatillon y Nicolás de Houpperville.

Estos, considerando que las acusaciones del proceso de Juana eran falsas y dándose cuenta de la terrible maquinación urdida contra la muchacha, intentaron oponerse a los planes del ex obispo y decidieron aliarse, para así tener más fuerzas contra aquel siniestro inquisidor.

Pero la buena fe de estos honrados clérigos de nada sirvió. El poderío de Pedro Cauchon era mucho mayor que ellos dos juntos y pronto hubieron de lamentar el haber querido ayudar a Juana de Arco.

Juan de Chatillon fue severamente castigado y Nicolás de Houpperville fue cargado de cadenas por permitirse denunciar aquel proceso como ilegal. Pedro Cauchon intentó incluso desterrar a Nicolás de Houpperville , y así hubiera ocurrido de no contar el honrado eclesiástico con poderosos amigos que consiguieron ponerlo de nuevo en libertad.

Juan de Lohier fue otra de las personas que pretendió demostrar que el proceso no era legal y que las declaraciones de la propia Juana no podían tenerse en cuenta ya que la muchacha había tenido que realizarlas siempre en presencia de personas que le eran hostiles, además de no contar con ningún abogado defensor, pues el tribunal no lo había permitido. Por otra parte, en el proceso se citaban nombres y testigos que nunca podían comparecer en la sesión, como, por ejemplo, el propio Carlos VII.

Pero la influencia de Pedro Cauchon era incalculable y ninguno de estos argumentos restó fuerzas a sus planes, mas bien al contrario, pues precisamente por aquellos días solicitó la sede Ruan que se hallaba vacante, y obtuvo el permiso para ocuparla el día 28 de diciembre de 1430.

Seis semanas le bastaron entonces para preparar la gran farsa del proceso de Juana de Arco. Entre el 9 de enero y el 20 de febrero de 1431, todo quedó dispuesto.

El día 21 de febrero, en la capilla real del castillo de Ruan, se hizo a Juana el primer interrogatorio por parte del tribunal.

CAPITULO X

- Decid, ¿ cómo os llamáis ?
- ¡ Juana de Arco , bien lo sabéis !
- ¡ Responded sin insolencia, o seréis juzgada sin vuestra presencia en este tribunal.
- ¡ Está bien , señores ! – respondió Juana con serenidad --. Pero antes de seguir contestando vuestras preguntas, quisiera haceros un ruego.

- Los jueces inquietos, se miraron entre sí. ¿Qué querría solicitar la muchacha ? Juana alzando las manos, mostró sus muñecas encadenadas
-Quisiera rogar al tribunal que, al menos en las sesiones a las que voy a asistir, se me liberase de estas cadenas.

Después, paseando su mirada por toda la capilla del castillo de Ruán, prosiguió:

-Creo que ya estoy bien vigilada.

Un murmullo se levantó entre los miembros del tribunal.

Pedro Cauchon tuvo miedo de que los jueces se dejasen enternecer por la visión de aquella muchacha de veintiún años de edad, pálida y delgada a causa de los largos días de encierro. Por eso, se apresuró a responder:

-¡Petición denegada! ¿Olvidáis que vos misma sois la responsable del estado en el que os halláis? ¡Habéis intentado escapar varias veces! ¿Lo habéis olvidado?

-¡No! -respondió Juana resueltamente-. Y es lógico que así lo hiciera. Uno de los derechos de un prisionero es intentar escapar. Además ...

La jóven se detuvo como si tuviera miedo de proseguir.

-Además, ¿qué? -preguntó su juez.

-Además, tenía miedo.

Pedro Cauchon sonrió siniestramente.

-¡Ah! ¿Así que tenéis miedo? Si sois inocente, como sin cesar proclamáis, ¿de qué tenéis miedo? ¡Vuestro temor demuestra una vez más vuestra culpabilidad!

Después, volviéndose hacia el escribano que tomaba nota de todo lo que se decía en el tribunal, rugió:

-¡Que conste en acta el temor de la acusada!

¡Protesto! Si tengo miedo es porque sé que vosotros, mis jueces, no sois imparciales. ¡Reclamo un juicio honesto! ¡Exijo ser juzgada ante el Papa! ¡Nadie mejor que él podrá dictaminar si soy culpable o inocente de la monstruosa acusación que contra mí habéis presentado!

-¡Silencio! ¡Silencio! -gritó Pedro Cauchon-. ¡Que se lleven a la acusada! ¡Se suspende la sesión!.

Juana de Arco fue arrastrada fuera de la capilla. Pedro Cauchon tenía miedo de que Juana hablara. Sabía que había convencido a muchos hombres para ir a la batalla y con fundada razón

temía que, al hacer ahora su propia defensa, fuera capaz de convencer a los jueces pese a que muchos de éstos ya estaban enterados de antemano del veredicto que se dictaría.

Así, la protesta de Juana sólo sirvió para agregar en su contra un nuevo cargo: desacato a la autoridad por poner en entredicho la imparcialidad del tribunal.

Las sesiones sucesivas no se distinguieron de la primera. Las preguntas iban encaminadas a confundirla y a obligarla a decir cosas en contra de ella misma.

* * *

-Juana de Arco, ¿reconocéis vuestros tratos con el diablo?

-¡No!

-Entonces, ¿cómo se comprende que una campesina sin instrucción, como vos, supiese tantas cosas sobre estrategia militar?

-¡Dios me ayudaba!

-¿Pretendéis decir que Dios quiere la muerte de tus semejantes pues conduciais a vuestros hombres a sangrientas batallas!

-¡No! ¡No es eso lo que he dicho! ¡Estamos en guerra! He dicho, simplemente, que Dios me ayudaba a librar a mi patria del dominio del invasor.

-¿Del invasor? ¿Llamáis al duque de Borgoña invasor? ¿Acaso no es tan francés como vos?

-¡Ha pactado con los ingleses!

-¿Y por eso queríais darle muerte?

-Quería librar a Francia del invasor inglés y sus aliados.

-¡Escribano! ¡Anotad que la propia acusada declara que el diablo le exigía la muerte, no solamente de los ingleses, sino también de los franceses!

-¡No he declarado eso! ¡Protesto!

-¡Denegada la protesta! Decís que sois pura y ofendéis la dignidad de este tribunal vistiendo ropas masculinas.

-Son las únicas que tengo.

-¡Y por qué no vestís como una mujer?

-Adopté este atuendo por ser el más cómodo para el campo de batalla.

-¡Luego reconocéis haber estado en el campo de batalla! ¡La lucha, la muerte! ¡Eso es lo único que os interesaba!

-¡Me interesaba Francia!

-¡También esto es Francia!

* * *

En la soledad de su calabozo, Juana se daba cuenta de que sería inútil todo esfuerzo por demostrar su inocencia.

"Estoy perdida -pensaba-. Ya nadie confía en mí. Y mis amigos y mi rey también me han abandonado. Ahora, lo único que desean los ingleses es desprestigiarme, hacerme confesar que soy culpable de unos crímenes de hechicería que nunca he cometido. Dios mío, no me abandones en este trance"

Sí. Juana de Arco tendría que recurrir a toda su fe para doblegarse ante la voluntad y las presiones de sus jueces.

Si hubiera cedido a los deseos de Pedro Cauchon, tal vez se habría salvado. Quizá, si hubiera reconocido públicamente que era una hereje y que tenía tratos con el diablo, el tribunal le habría absuelto o perdonado la vida, pues estaba más interesado en destruir el prestigio de la muchacha que en su aniquilamiento físico.

Pero Juana no se doblegó. No cedió ni ante las amenazas de tortura que el propio Cauchon, un día, le insinuó.

-Pensad que tenemos forma de hacerlos hablar, Juana.

-No puedo confesar delitos que nunca he cometido. ¡Haced lo que queráis!

-¡Sois una soberbia, una obstinada! ¡Rechazáis la clemencia que se os ofrece a cambio de confesar vuestros crímenes, y vos misma os condenáis a la hoguera!

-¿La hoguera? -preguntó Juana, horrorizada-. ¡No! ¡La hoguera, no! ¡No tenéis necesidad de purificar mi cuerpo, que nadie ha manchado! ¡La hoguera, no! ¡Prefiero morir decapitada!

Pero era la hoguera lo que Cauchon y todos sus enemigos le habían preparado.

El 30 de mayo de 1431, se cumpliría la sentencia.

* * *

Aque amanecer, cuando Juana vio entrar en su calabozo al padre Martín Ladvenu acompañado de un monje llamado Toutmouillé, comprendió que había llegado el momento supremo.

-Voy a morir, ¿verdad? -preguntó.

-¡Sí, Juana! ¡Tienes que tener valor!

-Lo tengo, padre -dijo-; pero ¡protesto ante Dios por este juicio injusto!

Después, con gesto amenazador, añadió:

¡Y ay de aquellos que hoy tan injustamente me condenan! Mis enemigos deben saber que, aunque yo muera, no está lejano el día en que serán expulsados definitivamente de mi patria.

-Pero ¿qué dices Juana? -preguntó inquieto, el padre Martín, temiendo que la terrible noticia que había traído a la muchacha la hubiese trastornado.

Pero Juana respondió con la mayor serenidad:

-Digo que no está lejano el día en que las tropas francesas obtengan una gran victoria.

Después, volviéndose hacia Pedro Cauchon, que entraba en aquel momento en el calabozo, añadió al tiempo que le señalaba de forma acusadora:

-¡Muerdo por vuestra culpa! ¡Tenedlo presente!

La mirada de la muchacha era tan penetrante, su voz tan acusadora y su actitud tan gallarda, que, en aquel momento, se hubiera dicho que Juana era el juez y Pedro Cauchon el acusado.

El obispo de Ruán, al sentir sobre él la mirada de la muchacha y escuchar sus palabras, se estremeció. Volvió la espalda a Juana y, durante breves momentos, guardó silencio. ¿Tal vez en aquel instante se decidió definitivamente la suerte de Juana? ¡Quizá por la mente de Pedro Cauchon cruzó como un relámpago la idea de indultarla? ¡Nunca se sabrá! Lo cierto fue que Pedro Cauchon, con voz trémula, añadió:

¡Que se cumpla la sentencia!

* * *

Eran las ocho de la mañana. Juana que vestía en aquella ocasión una túnica blanca, salió de su calabozo y se dirigió hacia el patio de la fortaleza que le servía de prisión. El padre Martín la acompañaba.

En el patio del castillo la esperaba una carreta, a la que subió lentamente. Después, el pesado vehículo, abandonó la prisión para dirigirse a la plaza del Mercado, donde debía tener lugar la ejecución.

Juana, terriblemente pálida, tan blanca casi como la túnica que cubría su cuerpo, contemplaba los rostros angustiados de los vecinos de Ruán, que se habían lanzado a la calle para ver pasar la comitiva.

La muchacha adivinaba la compasión que inspiraba, y hasta ella llegaron algunos comentarios de las sencillas gentes:

-¿Esa es la bruja? ¡Pero si es casi una niña!

-¡Dios santo, que terrible fin! ¡La hoguera!

-¡Sí! ¡Juana también se estremeció!

"Ruán, Ruán -muscó-, ¿así que he de morir entre tus muros?"

En la plaza del Mercado Viejo se hallaba la pira preparada. Y frente a la iglesia de San Salvador se había levantado un estrado para los jueces y otros personajes importantes, entre los que se encontraba el cardenal de Winchester y los obispos de Noyon y de Thérue.

Un millar de soldados ingleses custodiaban la plaza, en la que, según documentos de la época, se congregaron más de diez mil personas.

Pedro Cauchon leyó la sentencia, y Juana fue conducida junto al poste al que debía ser atada, colocado en el centro del montón de leña preparado para la hoguera. En lo alto del poste campeaba un letrero con los delitos que le imputaban.

Después, concluido el tiempo para que la condenada se pusiera a bien con Dios, el verdugo encendió el montón de leña.

La hoguera constituía en aquellos tiempos una muerte reservada a los convictos de delitos mayores y a los que la superstición consideraba como brujos, herejes o sospechosos de haber tenido tratos con el diablo. Así pues, el verdugo, Geoffroy Thirache, encendió la tea con la que debía prender fuego a toda la leña.

-¡Retiraos! -dijo Juana a los sacerdotes -. ¡Va a cumplirse la sentencia!

Efectivamente, el fuego crepitaba ya en la parte baja de la hoguera. Los sacerdotes se retiraron y pronto el denso humo envolvía por completo a la muchacha.

Las llamas acariciaron su túnica.

Pero Juana no sufrió el tormento de la hoguera, quizá a consecuencia del humo sofocante que la envolvía, o del intenso calor, la muchacha perdió el conocimiento antes que su cuerpo empezase a ser devorado por las llamas.

Así encontró Juana de Arco la muerte . ¡ Ella, que con su fe y voluntarismo había conseguido que el pueblo de Francia luchase por la independencia ! ¡ Ella que había cumplido su promesa de coronar a Carlos VII, rey de Francia, en la catedral de Reims !

Se dice que Juan Tressart el cual acudió como representante del soberano inglés a la ejecución, murmuró emocionado al ver cómo el cuerpo de la muchacha se consumía entre las llamas :

- Estamos perdidos ! ¡ Hemos quemado a una santa !

CAPITULO XI

Cuando , años mas tarde, exactamente el 10 de noviembre de 1449, las tropas de Carlos VII entraron en Ruán, confirmándose así las palabras de Juana, aquel rey que en los momentos críticos la había abandonado, hizo revisar el proceso de Juana de Arco.

Encargó este trabajo a un sabio caballero llamado Guillermo Bouillé, quién logró que , tres años más tarde, en 1452 el proceso fuese abierto de nuevo bajo la dirección del cardenal Guillermo Estouteville con la aprobación del inquisidor general de Francia, Juan Bréhal, y el permiso del papa Calixto III.

Juana de Arco fue rehabilitada, y los jueces que ordenaban el nuevo proceso resolvieron que le fuesen ofrecidas dos reparaciones públicas, actos que tuvieron lugar en el cementerio de Saint-Ouen y en el lugar del suplicio, respectivamente.

Posteriormente, en el siglo XIX, monseñor Dupanloup, obispo de Orleáns, suplicó al papa Pio IX que concediese a Juana de Arco los máximos honores de la Iglesia.

Pero fue León XIII quien reconoció que había motivos sobrados para concederle la beatificación, y ésta se proclamó el día 18 de abril de 1909 en la Basílica de San Pedro, en Roma.

Pero todavía Juana, después de muerta, debería recibir más honores. El 16 de mayo de 1920, el papa Benedicto XV la proclamó santa.

De este modo, la humilde campesina nacida en Domrémy, llegó a ocupar un puesto destacado en la historia de Francia. Sus compatriotas la han considerado desde su muerte como su heroína nacional más destacada.

Actualmente, en cualquier ciudad o pueblecito francés, puede encontrarse una plaza o un monumento dedicado a la memoria de la heroica Doncella.

FIN

JUANA DE ARCO

de Aldo Brunetti. Edit. Bruguera S.A.

1a. Edición en Historias infantiles: setiembre 1973